

De Robinson a Superman. Reflexiones sobre una trilogía

Un uso crítico de las industrias culturales

Alberto Padilla Arias*

RESUMEN

A la manera de Mattelart, se pretende comprobar que dentro de las industrias culturales existe un enorme potencial para obtener algunas conclusiones en torno a personajes paradigmáticos dentro de las sociedades modernas, como es el caso de la novela de Daniel Defoe, *Robinson Crusoe* o de algunos cómics, como *Tarzan* y *Superman*, ya que reflejan una continuidad en la configuración de una personalidad o "caracterología colonialista" de la cultura anglosajona. Todo ello como producto del análisis del carácter de corte reichiano, que pone en evidencia estas contradicciones.

PALABRAS CLAVE: análisis del carácter, estasis libidinal, carácter colonialista, neurosis estática, coraza caracterológica, robinsonada.

ABSTRACT

In a Mattelard way this article seeks to establish that within the cultural industries exists a huge potential to draw some conclusions about paradigmatic characters in modern societies, such as the *Robinson Crusoe* novel or some comics, like *Tarzan* and *Superman*, as they reflect a continuity in shaping a personality or "characterological colonialist" in the Anglo-Saxon culture. All this is based on the analysis of Reichian character, which highlights these contradictions.

KEY WORDS: character analysis, libidinal stasis, colonial character, neurosis static characterological armor, Robinson.

INTRODUCCIÓN

Este ensayo constituye la antesala de un proyecto mayor, orientado a poner al descubierto las entrañas de distintas personalidades novelescas o de cómics, producto de las "industrias culturales" del mismo espacio social, que han sido estudiadas desde la perspectiva

* Profesor-investigador en el Departamento de Relaciones Sociales de la UAM-Xochimilco.

reichiana del *análisis del carácter*; técnica psicológica desarrollada para diagnosticar, pronosticar y tratar problemas derivados de las *neurosis estásicas*, características de las sociedad urbanas modernas y contemporáneas, y que constituyen, hoy por hoy, sendos modelos personalísticos de la sociedad occidental.

Robinson Crusoe, Tarzan y Superman, son tres momentos de una personalidad anglosajona prototípica que se va desdoblado paulatinamente hasta nuestros días, con distintas versiones nucleares o cibernéticas, masculinas y femeninas. Y que han sido puestas en escena, ya no en cómics, sino en series televisivas de impacto masivo, pero dentro de las mismas “industrias culturales”.

La técnica de Wilhelm Reich, nos permite identificar los distintos estratos de la llamada *coraza caracterológica*, donde se ha producido la *estasis libidinal*, conteniendo el libre fluir de la pulsión, afectando el sustrato músculo-esquelético y, en consecuencia, su motilidad grácil y espontánea. Ya que, como sabemos, para Reich existe una estrechísima relación entre la actividad psíquica y su correlato somático.

Esta arqueología de la personalidad nos permite perfilar el carácter colonialista anglosajón, tal y como ha venido evolucionando en el lapso de una centuria y media; al aplicar la técnica reichiana en cada uno de estos personajes de la trilogía, exaltados por la literatura novelesca de los inicios del capitalismo inglés, que destacara Marx en su *Introducción a la crítica de la economía política (1857)*, cuando hace la reflexión sobre las robinsonadas y su significación sociohistórica; y más tarde las industrias culturales del siglo XX, con una difusión masiva de personajes, como el buen salvaje o el superhombre, en caricatura.

EL ANÁLISIS DEL CARÁCTER

Para introducirnos en la obra clínica fundamental de Reich, hemos compilado una serie de sus trabajos realizados entre 1928 y 1934 sobre técnica psicoanalítica y que se fundamentan en las experiencias obtenidas por el autor, en su dirección del seminario de Viena sobre terapia psicoanalítica que, como es sabido, dirigió durante seis años, por sugerencia y bajo una relativa supervisión de Freud.

Tiene evidentes vinculaciones con la concepción materialista de la sociología marxista por la forma de realizar el “análisis del carácter”, pero para ello podemos revisar los prólogos de su obra, donde de forma más o menos sintética nos expresa la relación del “análisis del carácter” en el marco de una concepción psicoanalítica y su vinculación con la sociología marxista.

Luego de hacer un poco de historia, Reich refiere que la forma en que la psicología analítica puede contribuir a la sociología marxista es mediante el “análisis del carácter”, que se puede realizar dentro de una población cualquiera, basándose en la experiencia individual. Si obtenemos alguna luz sobre el carácter neurótico, en nuestro trabajo con individuos podemos sacar conclusiones generales para la psicología de las masas.

El autor plantea que ha intentado demostrar que las neurosis son un resultado de la educación en la sociedad patriarcal, autoritaria, con la consecuente limitación sexual, por lo que el verdadero problema se encuentra centrado en la prevención de las neurosis. Sin embargo, en el sistema actual esto resulta imposible dadas las características de las instituciones e ideologías sociales, lo que hace necesario un cambio revolucionario hacia el socialismo, donde el psicoanálisis está llamado a cumplir la función profiláctica.

Por otra parte, otro requisito de gran importancia en la prevención de la neurosis, es el de contar con una teoría de la técnica, basada en los procesos dinámicos y económicos que tienen lugar en el aparato psíquico. Y explica que la razón de concentrarse en la terapia individual, es por el hecho de que sólo una buena técnica puede suministrarnos los conocimientos necesarios para el objetivo más amplio de comprender y modificar la estructura caracterológica.

Es por ello que el trabajo relativo al análisis del carácter adquiere un valor sociológico evidente. De esta manera, la psicología y caracterología, científico-natural, poseen una tarea claramente definida: deben descubrir los medios y mecanismos con los cuales la existencia social se transforma en estructura psíquica y con ella en ideología.

Dice Reich que debe hacerse una clara distinción entre producción social de ideologías y su reproducción en los miembros de la sociedad; porque estudiar lo primero es tarea de la sociología marxista, mientras que estudiar lo segundo es propio de la caracterología psicoanalítica. Así, afirma el autor, el primero y más importante lugar

de reproducción del orden social es la familia patriarcal, generando en el niño un carácter que le hace susceptible de influencias posteriores de un orden autoritario. Con lo que tenemos que las estructuras de carácter de las personas pertenecientes a un orden social como el burgués, no son sólo reflejo de tal orden, sino algo mucho más importante: representan el anclaje de este orden.

El anclaje caracterológico de este orden social explica la tolerancia de los oprimidos ante el dominio de una clase superior, tolerancia que con frecuencia llega a la afirmación de su propio sometimiento. Para Reich, este anclaje de carácter conservador, con frecuencia mantiene una diferencia considerable con el desarrollo social que progresa mucho más rápido, creándose un antagonismo evidente entre ambos.

Reich señala que el elemento conservador presente en la estructura del carácter de la gente, no puede hacerse equivaler a lo que se denomina "superyó", ya que incluso los primeros cambios del yo y de los instintos, tienen lugar en las más tempranas frustraciones e identificaciones –mucho antes de la formación del superyó–, determinadas por la estructura económica de la sociedad; son ya las primeras reproducciones y anclajes del sistema social y determinan las primeras contradicciones.

Para probar el hecho de que la formación del carácter depende de la situación histórica-económica, Reich recurre a los trabajos de Molinowski, y concluye: "la estructura de carácter es pues, la instalación del proceso sociológico de una determinada época" (textual). En consecuencia, nos dice el autor, que las ideologías de una sociedad pueden llegar a tener poder material sólo a condición de que alteren efectivamente las estructuras del carácter.

De esta manera, se puede explicar él porqué las ideologías permanecen a pesar de los cambios, dado el desarrollo social de la producción, ya que la estructura del carácter, como es sabido, se adquiere en la temprana infancia y sufre, posteriormente, sólo ligeras modificaciones.

Así, concluye el autor, "si la vieja ideología, correspondiente a una situación sociológica anterior, no estuviese anclada en la estructura del carácter como un modo de reacción, crónico y automático, con ayuda de la energía libidinal, la adaptación a los cambios económicos sería relativamente fácil".

En este breve análisis del prólogo a su primera edición del *Análisis del carácter*, podemos observar la coherencia y compromiso evidentes de la vinculación psicoanálisis-marxismo, dando las pautas para obras posteriores más estrechamente vinculadas con la sociología marxista y que tienen un enfoque comprometido con la Sexpol o “política sexual” que tuvo su expresión en algunos sindicatos alemanes y que fue promovida por el propio Reich en la búsqueda de la liberación de las masas obreras, sometidas a la explotación del capital; donde el control de la conducta sexual, esto es, la economía sexual de los jóvenes obreros, tenía una función central para la optimización de la energía material humana para la producción.

Ello nos llevó a realizar un intento por entender desde el análisis del carácter de Reich, la personalidad de ciertos sujetos de la literatura y de los cómics, ligados a las industrias culturales de la sociedad contemporánea. También pone a prueba algunas hipótesis en torno a las consecuencias de la universalización de algunos procesos humanos, los cuales suelen tener consecuencias nefastas para el desarrollo armónico de la relación hombre-naturaleza.

ANÁLISIS CARACTEROLÓGICO¹

El tratamiento que damos al personaje de Robinson Crusoe en este ensayo, es el mismo que seguimos en la creación de una historia de vida, se trata de una ficción, para estructurar el expediente de cualquier paciente que asiste a un consultorio clínico de psicología. De esta manera se puede contar con un perfil psicológico, que a su vez será sometido al “análisis del carácter” con base en el método reichiano ortodoxo, rebelándonos con ello una caracterología propia de los sujetos pertenecientes a una sociedad definida, manifestando en buena medida su *ethos* y, en consecuencia, sus contradicciones internas.

El “análisis del carácter” se ha realizado, en este caso concreto, durante múltiples entrevistas clínicas, donde se van identificando los diversos estratos de la “coraza caracterológica”, que revelan

¹ Para la elaboración de este apartado se usaron los textos de Wilhelm Reich (1973), y Daniel Defoe (1981).

la historia de su “estasis libidinal”, dando cuenta de la formación histórica de su carácter psíquico, que podemos clasificar como “carácter colonialista”, propio de sujetos producto de una sociedad con estos rasgos históricos rapaces, resultado de las contradicciones internas que le han dado su identidad propia.

Historia clínica

Primera sesión

Datos generales: tenemos un paciente de nombre Robinson Crusoe, nacido en la ciudad de York, el 30 de septiembre de 1632 y que hoy cuenta con 51 años. Siendo su padre un extranjero originario de de Brema y comerciante en Hull, quien al contar con una relativa fortuna, se retiró a York, para casarse más tarde con la madre de nuestro paciente. No nos reporta el nombre de su padre putativo, quien era, ciertamente, de edad avanzada.

Por otro lado, la madre pertenece a una familia de las acomodadas del condado. Tampoco nos da su nombre pero sabemos que su apellido era Kreutznaer, el cual se deformó en Crusoe, algo común en Inglaterra.

Robinson comenta haber tenido dos hermanos mayores; uno teniente coronel de un regimiento de la infantería inglesa en Flandes, comandado por el célebre Luckart. Él muere en la batalla de Dumkerque, contra los españoles. El segundo fue siempre un enigma para nuestro paciente.

Robinson, quien no cuenta con profesión alguna, dice haber sido educado “convenientemente”; el padre le dio algunas lecciones y luego fue enviado a alguna escuela fuera de la población. El ideal paterno era hacerle estudiar leyes, sin que pudieran conseguirlo, inicialmente.

Antecedentes de infancia y adolescencia

Comenta que de pequeño:

[...] formaba allá en mis adentros, mil castillos en el aire [...] Dominado únicamente por el pensamiento de navegar [...] resistía contra la voluntad paterna. Frente a deudos y las súplicas de su madre.

En este punto debemos señalar que Robinson fue sometido a una educación sumamente rígida por los padres, ya que la madre había padecido mucho con la educación de los hijos anteriores, en particular el segundo, que víctima de aventuras en el mar, como el otro en la guerra, habían perdido la vida. Si añadimos a esto un padre anciano y con una visión conservadora, entendemos porqué él, esto es Robinson, fue sometido a una educación sumamente rígida, casi asfixiante, para evitar las angustias maternas, esto es, las anheladas aventuras marinas del único hijo vivo, ahora.

Ambas influencias, francamente enfermizas, de la madre dominante y posesiva, por un lado, y del padre conservador, preocupado por una formación en leyes para atender los negocios, sus negocios, hizo necesario un escape, "la imaginación", para poder evadir la censura, de ahí que su "diario", se convirtiera en el mecanismo de fuga que requiere cualquier ser humano, en particular en una etapa temprana de su desarrollo para sobrevivir a la asfixiante atmósfera del hogar.

En consecuencia, será este "diario" y una preclara imaginación, lo que nos permitirá acompañar a nuestro sujeto en su proceso de desarrollo y lo que nos permitirá, junto con las reflexiones respectivas de nuestro paciente, descubrir la conformación de la *coraza estática* que genera la patología del "carácter" por la que él mismo se ha sometido a tratamiento, para encontrar una explicación de sus ansiedades, así como la incapacidad para tomar sus propias decisiones, a pesar de tratarse de un hombre respetable, con considerables recursos en el ámbito financiero y profesional del condado de York.

Anotado lo anterior, podemos dar seguimiento a nuestro paciente, a partir de su diario, pudiendo a su vez observar los mecanismos por los cuales se ha dado la configuración de los diversos estratos de la coraza caracterológica y las consecuencias que ello tiene en el estado de salud de nuestro sujeto.

Segunda sesión

[Y así, continúa narrándonos en su diario:] Me rogó [se refiere a su padre] encarecidamente, con las palabras más afectuosas, que obrase con reflexión, no precipitándome en un cúmulo de desgracias de las cuales la Naturaleza y la fortuna me habían eximido. De no oír [...] *la maldición del Señor caería sobre mí* [Elemento culpígeno, censura].

Impresionado sinceramente con tan tierno discurso, resolví no pensar ya más en viajes y establecerme en mi pueblo natal, conforme con los deseos de mi padre (Defoe, 1981:I:12).²

Como podemos constatar, todo lo que a continuación se narra es componente de su diario, derivado de su imaginación, para escapar de la asfixiante atmósfera familiar.

Un día que mi madre parecía estar más alegre que de ordinario, le dije llamándole aparte, que mi pasión de ver el mundo era tan irresistible, que me hacía imposible emprender carrera alguna [...] Le manifesté que considerase que tenía ya dieciocho años. Esto pasó un año antes de mi fuga [esto es, antes de comenzar tan imaginativa historia].

A tales palabras mi madre se incomodó mucho [...] *jamás se podría decir que mi madre, había aprobado una cosa que mi padre había rechazado* (1981:I:13).

Al cumplir 19 años [...] sin pensar las circunstancias y sin temer las consecuencias, el primero de septiembre de 1651, día fatal, ¡Dios lo sabe!, salté a bordo de un buque que llevaba carga para Londres. Invitado por un amigo.

Aquí comienza la fuga a través del diario, que es objeto de nuestro análisis durante las sesiones.

Como jamás había navegado, el malestar y el terror se apoderaron de mi cuerpo y alma [durante una tormenta] y me sumieron en una angustia difícil de expresar [incidente culpígeno] Desde aquel momento empecé a reflexionar seriamente *acerca de mi conducta y temer a la justicia divina, que castigaba en mí a un hijo holgazán* [ética protestante sostiene un compromiso muy solidario con la familia, el trabajo y la acumulación, siendo implacable hacia el individuo en su control de emociones y pulsiones, religión a la cual pertenece] y desobediente.

² A partir de este punto todas las citas se refieren al texto de Defoe (1981) a menos que se indique lo contrario.

[La culpa:] Desde entonces todos los buenos consejos de mis parientes, las lágrimas de mi padre y las súplicas de mi madre se presentaron a mi imaginación, y mi conciencia, que no estaba aún viciada como lo ha estado después, me acusaba vivamente de haber menospreciado tan saludables lecciones, faltando a todos mis deberes para con Dios y para con mis padres (1981:I:14).

[El arrepentimiento y propósito:] Durante esta tribulación hice muchas veces el voto de que si el Señor me sacaba de tan amargo trance, y yo podía poner de nuevo el pie en tierra firme, no volvería a embarcarme jamás y tornaría al momento a la morada de mis padres para dejarme guiar en adelante por sus consejos y no exponerme otra vez a semejantes peligros [...] Resuelto a imitar el arrepentimiento del hijo pródigo, decidí volver a casa de mis padres [...] *Aquellas prudentes y saludables ideas duraron lo que duró la tempestad* [como sucede en esta etapa del desarrollo. La adolescencia] (1981:I:15).

Muy poco tiempo después [...] se hizo el ponche, me embriagué, y en aquella noche de orgía quebranté todos mis juramentos, olvidé todas mis reflexiones acerca de mi conducta pasada y todas mis resoluciones para el porvenir [...] joven que quisiese sofocar sus remordimientos (1981:I:16). [Ante otro incidente de navegación:] No podía pensar sin vergüenza en mi primer arrepentimiento, borrado tan pronto de mi corazón endurecido. Los horrores de la muerte, ahuyentados de mí, volvieron a aparecer cuando oí aquellas palabras del capitán [...] ¡Señor, tened compasión de nosotros, o perecemos todos! ¡Estamos perdidos! (1981:I:17). [La incapacidad de autocontrol:] [...] me causaba más espanto que la muerte misma. Estas reflexiones, unidas al miedo que inspiraba la tempestad, me pusieron en una disposición de ánimo difícil de expresar (1981:I:18).

[Ante el cañonazo de SOS:] No comprendiendo yo aquello, quedé tan sorprendido, que creí que el buque se había estrellado o que había ocurrido alguna otra cosa horrible. *En una palabra me desmayé*. Después de mucho tiempo recobré el sentido. Entonces comprendí por primera vez lo que los marinos entienden por la palabra “zozobrar” (1981:I:19-20).

Pero mi adverso destino me arrastraba con fuerza implacable, y aunque muchas veces la razón y mi juicio me gritaban muy alto que era necesario volver a la morada paterna, no podía, sin embargo, resolverme a ello [ambivalencia deseo-censura] Yo no sé qué nombre dar a esto, ni pretendo afirmar que sea un *secreto deseo* lo que nos arroja a ser el instrumento de nuestra propia desgracia, aun cuando ésta se halle ante nosotros y nos dirijamos a ella con los ojos abiertos (1981:I:20).

[El padre de su amigo le dijo:] Joven –me dijo–, usted no debe volver a embarcarse; debe tomar lo que ha pasado por una señal cierta y visible de que no está destinado a seguir la carrera marítima. Tenga bien entendido que, si no vuelve a su casa, no encontrará por todas partes

donde vaya más que pesadumbres y desgracias, *hasta que se cumplan en usted al pie de la letra los pronósticos de su padre.*

Muchas veces he tenido ocasión de notar cuán perverso e irracional es el genio de los hombres, y sobre todo el de los jóvenes, que en lugar de guiarse por la razón en tales circunstancias, por un lado, no se sienten confusos de sus faltas y, por otro, *se avergüenzan de su arrepentimiento, ruborizándose,* no de las malas acciones que deben hacerles pasar por insensatos o malvados, sino de su vuelta al bien, que sólo les puede hacer merecer el título de prudentes (1981:I:21).

Reflexiones clínicas al respecto de la sesión

Tenemos un claro proceso de constitución del *primer estrato de la coraza*. Por un lado, tenemos la ambivalencia derivada de la contradicción norma parental-censura (*estasis*) frente a la pulsión-deseo que el joven Robinson expresa en su diario y confirma en la sesión terapéutica. Manifestando confusión. Sus aventuras imaginarias, son tan vehementes, que aparecen como reales, mientras él es incapaz de enfrentar la censura permanente y vigilante de los padres. Todo ello acompañado de la culpa, que no se oculta, al verse incapaz de enfrentar y dominar sus propios pensamientos libertadores. Solamente su diario y las sesiones psicoterapéuticas ayudan a aliviar la creciente ansiedad de un pasado tormentoso ya que, aun en este momento, la coraza no es lo suficiente, para hacer inútil vigilancia y censura parentales. Se puede percibir la presencia de ciertos elementos morales que no acaban de consolidar.

Antecedentes de su adultez (juventud)

Tercera sesión

[Y continúa comentando sobre su diario:] El capitán que conocí en Londres, procedente de Nueva Guinea [...] me había oído decir que tenía deseos vivísimos de ver el mundo. Y como el capitán se complacía tanto en enseñarme como yo en aprender, llegué a transformarme a la vez en *marino y comerciante. Traje de Guinea cinco libras y nueve onzas en oro en polvo*, lo cual me valió en Londres cerca de trescientas libras esterlinas (1981:I:22).

Por último, había llegado ya a ser un comerciante de Guinea [...] Navegando hacia las islas Canarias o, más bien, entre estas islas y las costas de África, fuimos sorprendidos al amanecer por un corsario turco de Salé (1981:I:23) [...] de modo que nos vimos obligados a rendirnos, y los vencedores nos condujeron a Salé, puerto que pertenece a los moros [...] El capitán pirata se quedó conmigo, como parte de su presa, y me hizo esclavo, pues yo era joven y ágil y, por consiguiente, adecuado para su servicio particular [...] Entonces me llevaba, juntamente con un joven llamado Maresco, para que remásemos (1981:I:24-25).

[Inicia la fuga:] [...] pero si os acercáis más os disparo un tiro, porque estoy decidido a recobrar mi libertad.

[Sentimientos paranoides:] [...] En efecto: no es posible imaginar que un hombre con algún juicio pudiese emprender otra ruta, ni que tomase el rumbo al Sur (como lo verifiqué), hacia regiones de bárbaros o de poblaciones de negros que podían cercarnos con sus canoas, apoderarse de nosotros y degollarnos o, por otro lado, no poder saltar a tierra sin exponernos a ser devorados por animales feroces o por hombres salvajes, más crueles que las mismas fieras [comentarios que hacen referencia a una escala valorativa propia de su clase social y que obedecen a una escala valorativa propia de una cultura civilizatoria, que prioriza la discriminación, y la fomenta a nivel individual] (1981:I:28). *Todo esto me lo decía Xury* [muchacho, compañero de esclavitud en su diario] en inglés chapurreado, el cual lo había aprendido de los ingleses que habían sido esclavos juntamente con él [...] [Habla de la experiencia de una fiera que estaba en la playa, mientras ellos navegaban en una balsa] [...] No podíamos verle, pero conocimos por su resoplido que era un fiera monstruosamente grande y terrible, Xury decía que era un león (1981:I:29).

Y no dejaba de ser tampoco una dificultad saltar a tierra de día, pues caer en manos de salvajes hubiera sido tan malo como caer en las garras de los leones y tigres; *al menos, teníamos igual miedo de ellos [...]* *El muchacho me contestó de un modo tan afectuoso, que desde aquel momento le amé entrañablemente* (1981:I:30).

El tema de los salvajes es recurrente en nuestro paciente, por referencia a los relatos de los colonizadores en diversos escritos, leídos por Robinson.

Como yo había navegado antes por aquella costa, sabía muy bien que las islas Canarias y las de Cabo Verde no debían estar muy lejos [...] las tierras del emperador de Marruecos, por un lado, y el África, por otro; zona enteramente desierta y poblada sólo de animales feroces (1981:I:32). [Respuesta ligada a la culpa, resultado de la aventura prohibida,

como realización fantasmiosa:] [...] mas yo creo que los unos y los otros emigraron con motivo de la cantidad innumerable de tigres, leones y leopardos que infestan aquellos sitios [...] un animal terrible: un león enorme echado sobre la vertiente de la costa, a la sombra de una roca que pendía un poco sobre él [...] [relación de dominio] Xury –le dije–, ve a tierra y mávalo (1981:I:32).

[Sadismo propio de la adolescencia y la cultura colonialista propia de nuestro sujeto:] En seguida, volviendo a coger la primera que había cargado, apunté al animal en la cabeza; pero como estaba echado de suerte que una de sus patas le cubría el hocico, las balas fueron a parar al lado de la rodilla y le rompieron el hueso de la pata. Al momento se levantó; pero sintiéndose la pata rota, cayó, y se levantó de nuevo rugiendo de una manera espantosa [...] *Entonces tuve el placer de verle caer casi sin vida, luchando con la agonía* [...] tirándole a boca de jarro, le dejó muerto en el acto [...] *Aquella caza era una diversión para nosotros, pero no aumentó nuestras provisiones* [...] En relación con la piel del animal [...] luego me sirvió para echarme en ella.

Mi propósito era entonces dirigirme hacia el Senegal, es decir, llegar a la altura de Cabo Verde, donde esperaba encontrar algún buque europeo. Si mis esperanzas salían fallidas no sabía qué ruta seguir, a menos de intentar llegar a las Islas, *o bien entregarme a merced de los negros* [nota: es tal su desprecio y repudio a lo otro, su sadismo, que teme una represalia, manifestación paranoide] (1981:I:33).

Pudimos al mismo tiempo observar que eran negros e iban completamente desnudos [...] Remamos pues hacia tierra, a fin de poder hablarles y *los salvajes* echaron a correr a lo largo de la orilla [ambivalencia rechazo-aceptación] [...] En consecuencia, me detuve a una distancia respetuosa y les pedí por señas que me diesen algo de comer. Me contestaron también por señas que esperase y que irían a buscarlo [los salvajes entienden, pero él es el "inteligente" capaz de traducir sus señas-mensajes; esta interpretación etnocentrista, propia del colonizado, se hará presente en más relatos].

[Desconfianza básica:] Solamente nos faltaba saber *cómo podríamos tomar posesión de aquellos objetos*, porque yo no estaba dispuesto a ir a tierra a recibirlo y [proyección] los salvajes nos tenían mucho miedo (1981:I:34).

[En retribución, "un favor", al aparecer unas fieras:] [...] ¿Era aquello un rapto de amor, o de furor? Esto era lo que no podíamos discernir; pero me incliné más pronto a creer lo segundo [parece negarse al amor, a la sexualidad] [...] Sin embargo, aquellos monstruos, lejos de dirigirse a los negros, corrieron en derechura al mar, se zambulleron en el agua y se pusieron a nadar, ya de un lado, ya del otro, como si estuviesen jugando. Uno de ellos se encaminó hacia donde nosotros estábamos, y se acercó más de lo que yo esperaba, aunque estaba prevenido. Había en efecto

cargado mi escopeta con la mayor prontitud y [más que compañero de fuga, le ha convertido en sirviente] ordenado a Xury que cargase las otras dos. En el momento que la fiera se me puso a tiro descargué mi escopeta sobre ella y le di en la cabeza.

[Manifestación de prepotencia y superioridad:] [...] El espanto que causó el ruido del tiro a aquellas pobres gentes no puede ponderarse: algunos creyeron morir de miedo y cayeron de espaldas [...] era un leopardo de los más raros, con hermosas pintas, y de una admirable belleza. Los negros, no pudiendo adivinar de qué modo me había valido para matarlo, levantaron las manos al cielo para manifestar su sorpresa [o indignación, él regularmente interpreta sin entrar en diálogo o por lo menos intentarlo] (1981:I:35).

[Esto le permite llamarlos salvajes:] [...] Las mujeres iban completamente desnudas, lo mismo que los hombres (1981:I:37).

Con dichas provisiones me despedí de *mis amigos negros*, me hice a la vela [ven un barco] [...] En principio la tomé por una de aquellas que hacen el tráfico de negros en la costa de Guinea [...] Me preguntaron quién era en portugués, español y francés, mas yo no entendía ninguna de las tres lenguas [...] Fue rescatado finalmente (1981:I:37).

Al concluir la tercera sesión

Robinson nos dibuja claramente la consolidación de los valores colonialistas ya introyectados, donde prioriza la mercantilización, incluso de seres humanos a los cuales cataloga como salvajes o la negritud despreciable. Vive angustiado por el trato con seres desconocidos y animales peligrosos. Lentamente se aísla para formar *otra coraza, que se añade a la primera (segundo estrato)*, que ha sido el recurso del *diario*. Esta nueva coraza le limitará en su expresión afectiva, que fue patente en los albores de su etapa adolescente, pero que cediendo a las consejas de los padres y adultos que le han rodeado, consolida el camino de comercio y deja de lado la aventura real, por la ficción, que nos describe constantemente. La necesidad de dominio sobre lo que se considera naturaleza, está asociada a su concepción religiosa, donde el mandato es de “dominio sobre el mundo”, incluyendo a los salvajes, considerados como parte de la naturaleza. Otro elemento característico del aislamiento que enfrenta nuestro paciente, es el monólogo que aparece, por lo que hace a la interpretación de su realidad. Siempre hace una constante interpretación de la forma de pensar de las personas con las que

interactúa, no describe el diálogo que pudiera haber entablado en una relación intersubjetiva. La *nueva coraza* está asociada al aislamiento de la familia, de forma imaginaria, en cumplimiento de sus anhelos de independencia emocional del padre y la madre.

Consolida su personalidad colonialista

Cuarta sesión

[En el relato, Robinson, continúa:] No, no, señor inglés –continuó–; quiero transportaros a dicho país por pura humanidad, y lo que me ofrecíais servirá para pagar vuestra manutención y asegurar vuestra vuelta. Aquel hombre no desmintió su generosidad; cumplió todas sus promesas (1981:II:38).

Respecto a mi chalupa [...] Ofreció comprarme al joven Xury por otros sesenta duros [...] no podía resolverme a vender la libertad de aquel pobre niño que me había ayudado con tanta fidelidad a recobrar la mía [con todo y escrúpulo, Robinson, relata en su diario y justifica, vendió a Xury al] [...] firmar una obligación por la cual Xury sería libre dentro de diez años si quería hacerse cristiano (1981:II:39).

Una nueva etapa de su vida. En la plantación. Negrero.

La navegación que tuvimos hasta el Brasil fue feliz, y al cabo de veintidós días fondeamos en la bahía de Todos los Santos (1981:II:39).

No podría agradecer nunca bastante el desinterés del capitán: no solamente no quiso cobrar nada por mi pasaje, sino que además me dio veinte duros y con este capital desembarqué en las costas del Brasil (1981:II:39) [...] y hacerme plantador [...] Tenía por vecino a un portugués nacido en Lisboa, de padres ingleses [...] Pero nos faltaban los brazos a uno y a otro; entonces fue cuando conocí aún más que antes lo mal que había hecho cediendo a mi Xury (1981:II:40).

En mi conversación con ellos (otros comerciantes de San Salvador) había hablado mucho de mis dos viajes a la costa de Guinea, de la manera de comerciar con los negros [sadismo-esclavismo] y de la facilidad con la cual se podía obtener no sólo polvo de oro, granos de aquel país, colmillos de elefante, etcétera, sino también numerosos negros para el servicio de los cultivos brasileños, a cambio de bagatelas [abuso y engaño típico, colonialista] como collares, baratijas, cuchillos, tijeras, hachas, pedazos de cristal y otros objetos por el estilo (1981:II:42).

Habiendo aceptado esta obligación, y después de haber legalizado con sus firmas, hice testamento, instituyendo por heredero universal al capitán portugués que me había salvado la vida, pero bajo la condición expresa de que la mitad de mis bienes serían para él y que mandaría la otra mitad a Inglaterra (1981:II:43).

En fin, tomé todas las precauciones imaginables para la conservación de mis bienes [acumulación para sí, no está orientada la acción al servicio de otros] y para el buen cuidado de mi plantación (1981:II:43).

Pero arrastrado por la pasión que me dominaba, seguí más mis gustos que a mi razón [...] en mala hora [superstición-culpa] me embarqué, el primero de septiembre de 1659, aniversario fatal del día en que, *rebelde a las órdenes de mi familia y desconociendo mis propios intereses*, había abandonado Hull ocho años antes (1981:II:44).

No teníamos a bordo mucha carga de mercancías, sino tan sólo las baratijas necesarias para negociar con los negros, tales como cuentas de collar, trozos de cristal, conchas y viejas bagatelas, especialmente pequeños espejos, cuchillos, tijeras, hachas, etcétera (1981:II:44).

A cada minuto creía que el mar iba a hacernos desaparecer, y nadie tenía la esperanza de escapar de aquel peligro (1981:II:44) [...] la tempestad [...] nos arrojó hacia el oeste, tan lejos de toda vía frecuentada por los “pueblos civilizados” [...] era más probable que fuésemos devorados por algún pueblo antropófago [fantasía paranoide reiterativa] y que no pudiésemos volver a ver nuestro país (1981:II:45).

Los que no se hayan encontrado en situación tan desesperada no pueden figurarse la consternación en que estábamos sumidos. Ignorábamos a qué país el huracán nos había arrojado. ¿Era aquello una isla o un continente, una tierra habitada o un desierto? [...] Estábamos inmóviles, mirándonos unos a otros, aguardando a cada momento la muerte y preparándonos a pasar a otra vida, porque en ésta nos considerábamos ya fuera de ella (1981:II:46).

Sin embargo, encomendamos nuestras almas a Dios [...] la tierra, en la medida en que nos acercábamos, se manifestaba a nuestra vista más terrible que el mar [pareciera, por el hecho de encontrarse con otros seres humanos, misantropía. Aunque manifiestamente es el temor de estrellarse con las rocas] (1981:II:47).

[...] apenas nos dejó tiempo de pronunciar el nombre de Dios, porque todos fuimos sumergidos en un momento [...] una nueva carrera me condujo a tierra firme, donde con gran alegría recorrí las rocas de la costa, y me eché sobre la hierba, libre ya de peligro y fuera del alcance de las olas.

Reflexiones en torno a la cuarta sesión

Aquí se da el ingreso a *la construcción del tercer nivel de la coraza*, mediado por un naufragio imaginario, que marca la ruptura con la realidad familiar y social. El intercambio comercial con personajes que le habrán de proporcionar espacios para obtener las mejores ganancias. Cada día que pasa está mejor preparado para ello. En el mundo del comercio no tienen límite los deseos de la ganancia, no importando las consecuencias sobre otros seres humanos o la naturaleza misma. Robinson, paulatinamente ha aceptado este mundo escindido paranoide, por un lado el mundo de los negocios de York y por otro su intimidad del diario, que le permite fugarse y en consecuencia proyectar, involuntariamente, la profundidad de su verdadera esencia caracterológica, que limita sus deseos al construir tres estratos de su coraza, generando una *estasis libidinal* aguda, que como hemos señalado fue la causa de la búsqueda de una orientación profesional. Los constantes temores, la rigidez de su comportamiento y las limitaciones de su vida sexual, derivados de sus actividades compulsivas en el ámbito comercial. La verdadera presencia de sus capitales en las colonias en Brasil le habrán de proporcionar sin transportarse una enormidad de recursos financieros derivados de los intereses que una sociedad colonial esclavista es capaz de generar, sin que se afecte la conciencia moral de la sociedad a la que pertenece. La diferencia entre civilización y naturaleza, le permite a nuestro paciente conciliar su conciencia moral, ya que se trata simplemente de dominio de la naturaleza, como lo establece el mandato divino.

La consolidación del "individualismo-solipsismo"

Quinta sesión

[Continúa narrando Robinson:] Apenas me vi en seguridad, levanté los ojos al cielo, dando gracias a Dios por haberme salvado la vida en unas circunstancias en que hacía algunos minutos no había motivo alguno para la esperanza (1981:III:49).
¡Dios mío! –exclamé–, ¿cómo es posible que haya llegado hasta tierra? (1981:III:49).

Después de haber consolado mi espíritu con la idea que mi situación era todavía soportable, comencé a mirar en derredor mío para saber en qué sitio me hallaba y resolver lo que había que hacer; mas caí bien pronto en un hondo abatimiento porque veía que las consecuencias de haberme salvado eran terribles [depresión reiterativa] (1981:III:49).

Estas eran todas mis provisiones, y ello me sumergió en tan terrible agonía de espíritu, que durante un rato estuve corriendo de un lado para otro como un insensato. Mientras tanto, la noche se aproximaba, y empecé a reflexionar tristemente sobre los peligros que corría si, por desgracia, aquel país estaba infestado de fieras [fantasía paranoide, obsesión de ser devorado por caníbales o fieras], no ignorando que éstas buscan su presa durante la oscuridad (1981:III:50).

Como estaba extremadamente cansado, se apoderó de mí un sueño tan tranquilo y profundo, que pocas personas en iguales circunstancias hubieran disfrutado de otro más delicioso. Y me sentí tan reconfortado como no creo estuviera nunca así [es curiosa esta ambivalencia terror-tranquilidad, miedo-placer por la soledad] (1981:III:50).

[...] no me encontraría privado de todo consuelo en aquella soledad. Aquellas reflexiones me arrancaron lágrimas; pero como éstas no servían de mucho, me propuse llegar hasta el buque, si era cosa practicable [manifiesta un cierto pragmatismo-realismo] (1981:III:51).

En la cámara del capitán encontré ron, del cual bebí un buen trago, pues tenía gran necesidad de algo para recobrar el ánimo [reducir la ansiedad] (1981:III:52).

[...] mas la esperanza de procurarme objetos tan necesarios me daba fuerzas para hacer lo que en otra ocasión no hubiera hecho [obtener fuerza de la debilidad; se pretende demostrar de lo que es capaz un individuo "civilizado"] (1981:III:52).

Después de mil investigaciones descubrí por fin "el arca del carpintero", verdadero tesoro, más precioso para mí que lo hubiese sido un buque cargado de oro [destaca la relevancia del valor de uso sobre el valor de cambio] (1981:III:53).

Luego pensé en las armas y municiones [...] Sabía además que había a bordo tres barriles de pólvora [...] (1981:III:53).

[...] Pero aquí tuve que experimentar otro naufragio, que me redujo a la desesperación [otro incidente con una balsa, al tratar de rescatar otros objetos] (1981:III:54).

Lo primero que hice fue reconocer el "país" [las comillas son mías] y buscar un lugar a propósito para alojarme y poner mis efectos al abrigo de todo accidente [organización racional, en términos instrumentales] (1981:III:55). Cogí una escopeta y una de mis pistolas con un frasco de pólvora y, armado de esta suerte, empecé a trepar hasta lo alto del monte [mecanismo de defensa].

Reconocí que la isla estaba “inculta” y, según todas las apariencias, inhabitada, o poblada, a lo más de animales salvajes, de los cuales, sin embargo, no divisé ninguno [imagina fieras terroríficas-temor a ser devorado; él va cargado de armas ofensivas-defensivas] pero vi una multitud de aves de una especie para mí desconocida, y hasta ignoraba si podría sacar de ellas partido [seguramente utilidad] cuando hubiese casado algunas (1981:III:55).

Respecto al que yo maté, me pareció una especie de gavilán, pues por su color y pico se asemejaba a él, aunque no tenía sus espolones y sus uñas; su carne, de un olor fuerte, no valía absolutamente nada [sadismo, matar sin sentido] (1981:III:56).

No me atrevía a dormir en el suelo por temor a que las fieras viniesen a devorarme, aunque no había motivo, según vi después [angustia paranoide] (1981:III:56).

Empecé entonces a pensar que podría sacar del buque muchas cosas que me pudiesen ser muy útiles, especialmente cuerdas, velas de barco y otros objetos susceptibles de ser transportados a tierra, y resolví hacer un nuevo viaje a bordo, si era posible [acumulación] (1981:III:56).

Durante mi ausencia de la playa temí que las fieras hubiesen devorado mis provisiones, mas a mi vuelta las encontré intactas; únicamente divisé un animal parecido a un gato montés que estaba sentado sobre una de las arcas [...] Le eché luego un pedazo de galleta [...] “aunque en mi posición no debiese ser tan pródigo” [comillas mías, para destacar, la racionalidad instrumental acumulativa] porque mis provisiones no eran muy grandes; a pesar de todo, hice aquel pequeño sacrificio (1981:III:57).

Tenía entonces el depósito más considerable de todos los géneros que haya podido reunirse nunca para una sola persona [acumulación más allá de la necesidad] mas no estaba satisfecho aún [insatisfacción perene] pues mientras el buque estuviese ahí varado pensé que debía sacar de él todo lo que pudiese (1981:III:58).

Pero mi buena suerte empezó a abandonarme: la balsa iba tan recargada, que habiendo entrado en la pequeña ensenada donde habían desembarcado mis anteriores provisiones, y no pudiendo dirigirlas tan fácilmente como otras veces, zozobró conmigo y con todo el cargamento [...] en cuanto a la carga perdí la mayor parte de ella (1981:III:58-59).

[...] en otro cajón unas treinta y seis libras esterlinas, parte en oro, parte en plata, y entre otras piezas de a duro [...] A la vista de aquel dinero me sonreí. ¡Metal miserable! –exclamé. ¿De qué puede servirme? No vales la pena de que me moleste en recogerte; uno solo de estos cuchillos es para mí más precioso [destaca la importancia del valor de uso, sobre el de cambio, en tales circunstancias] (1981:III:59).

Pero yo me hallaba ya sentado en mi choza en medio de mis riquezas y en plena seguridad [situación paradójala] [...] Me consolé bien pronto de mi sorpresa, porque no había perdido el tiempo ni ahorrado trabajo para sacar del barco lo que me había podido ser de alguna utilidad [trabajo-acumulación-utilidad, no parece estar en función de la necesidad] y porque había dejado en él muy pocas cosas que pudiera llevarme, aunque hubiese tenido más tiempo para ello (1981:III:60).

Reflexiones en torno la quinta sesión

Como podemos derivar de la lectura de esta narrativa producto de la entrevista y del mismo diario, Robinson está pasando por una crisis en la medida en que tiene que asumir su individualidad. Aquí podemos observar la emergencia y construcción del *tercer nivel o estrato de la "coraza caracterológica"*, representada por la isla, aislamiento, generando desde luego confusión, ansiedad, miedo. El efecto traumático del naufragio, propio de la separación que se tiene que dar del seno familiar, como símbolo, para poder acceder a la autonomía, a la forma individualista propia de la sociedad en la cual está inmerso, apoyado en la carga moral y emocional que otorga la educación, tiene en consecuencia que afrontar las pruebas de su fortaleza. Las fieras y los caníbales serán una constante, en sus fantasías, que describen al "otro", con quien tiene que interactuar, pero a quienes debe tratar como contrincantes, si no es que como enemigos, que atentan en contra de su integridad, física y moral, o simplemente como naturaleza. Frente a la amenaza, se justifica la violencia e incluso el sadismo. Se añade a todo ello el carácter acumulativo propio de la sociedad de la que forma parte. Buena parte de sus fantasías se dan en torno a la riqueza y la fortuna, que no pueden ser dilapidadas ya que se encuentra en completo aislamiento, que le lleva a meditar y orar, para evitar las pulsiones y deseos que pueden ofender al Creador y en consecuencia ser causa de despilfarro, algo prohibido por la naturaleza religiosa de su tradición familiar. La ascesis propia de su tradición religiosa, que lo lleva a la inevitable acumulación, viene a fortalecer su estructura moral, que le hace consistente con los valores paternos de los cuales ha intentado por todos los medios evadir. Sin embargo, su diario nos revela el eterno retorno, que le obligan a doblegarse a los principios

de acumulación y, en consecuencia, al control de todos los deseos sometidos a una estasis neurótica.

Consolidación del espíritu acumulativo

Sexta sesión

Creendo que la isla estaba infestada de fieras, mi pensamiento fue sólo buscar los medios de que me valdría para librarme de ellas, así como de los salvajes, si los había [su sentimiento paranoide, frente a la naturaleza y los naturales, que no considera más que como salvajes, como enemigos, que atentan contra su riqueza] (1981:IV:61).

Por lo pronto, resolví buscar un trozo de terreno más conveniente y saludable.

Había que atender muchas cosas en la elección del sitio que podría convenirme: primero, que fuese un lugar saludable y que tuviese cerca agua potable, como he dicho; segundo, un abrigo contra los rayos del sol; tercero, la mayor seguridad posible contra los ataques de los hombres o de las fieras [temor circular paranoide]; cuarto, que estuviera cerca del mar, a fin de que si la Providencia permitía que viniese algún buque, no perdiese esa ocasión para mi salvación, cuya esperanza no podía abandonar (1981:III:61).

Las dos empalizadas estaban a distancia de seis pulgadas una de otra [...] y así me imaginé que aquella obra era tan fuerte, que ningún hombre ni animal podrían forzarla ni escalarla [mecanismo de defensa frente al otro] (1981:III:62)

[...] Aquellas preocupaciones fueron inútiles para librarme de los enemigos que tenía (1981:III:63).

[...] estalló de repente una tempestad de una nube negra, y surgió de ella una chispa muy viva que fue sucedida de un espantoso trueno, como ocurre siempre. Aquella exhalación no me aterró tanto, sin embargo, como una idea que surgió tan rápida en mi mente como la exhalación misma: ¡Mi pólvora! Mi ánimo decayó al pensar que toda ella podía ser reducida a la nada en un instante, ya que contaba con ella no sólo para defender mi existencia [se corría el riesgo de la pérdida de la resistencia de hacer contacto con la naturaleza y otros seres humanos] sino también para el sostenimiento con la caza (1981:III:63).

Según mis cálculos [cálculo racional instrumental] llegué a esta isla desierta [sin embargo teme a los humanos] el 30 de septiembre, en la época del equinoccio de otoño, cuando el sol lanzaba sus rayos perpendicularmente sobre mi cabeza. Por esta observación que hice juzgué que me encontraba a 9° 22' al norte del Ecuador [...] A este sitio

llegué el 30 de septiembre de 1659 [a los 27 años de edad] [...] A los lados del poste hacía una raya todos los días; a cada siete, una más grande, y el primero de mes, otra mucho mayor; de este modo tenía un calendario que marcaba exactamente los días, las semanas, los meses y los años (1981:III:65).

Encontré además tres Biblias muy buenas, que venían de Inglaterra con mi cargamento, y que había tenido cuidado de colocar entre mis efectos; a más, algunas obras portuguesas, dos o tres libros de rezos católicos y muchos otros libros que procuré poner en seguridad [nos habla algo de su fe religiosa] (1981:III:65-66).

Este animal fue para mí un amigo fiel [se refiere a un perro, rescatado junto con dos gatos, del naufragio] [...] durante muchos años; me ayudaba en todo lo que podía, y me hacía tanta compañía, que hubiera querido hasta enseñarle a hablar; pero esto era imposible [manifestación del deseo permanente de dominio] (1981:III:66).

Esta falta de útiles retardaba todos mis trabajos y, así, tardé un año en concluir enteramente mi pequeña empalizada o recinto (1981:III:66).

Formé un balance del estado de mis negocios, no para dejarle a mis herederos, que no debían ser muchos, sino para apartar mi imaginación de las ideas dolorosas que venían a asaltarme continuamente [constante reiteración de estados depresivos; una clave importante de su neurosis] [...] Como la razón logró imponerse a mi decaimiento, comencé a consolarme comparando los bienes y los males, estableciendo una especie de cargo y data [importante clave de la interpretación analítica, acumulación, sadismo anal] de un lado los placeres que disfrutaba, y del otro los males que sufría, del modo siguiente: (1981:III:67).

[...] siendo el cálculo el principio y origen de las matemáticas, no hay hombre con la ayuda de una sola razón, de una razón que observa, calcula y mide, no pueda con el tiempo llegar a ser hábil en un arte mecánico. Jamás había manejado ningún instrumento y, sin embargo, reconocí que con tiempo, ingenio y constancia, no había ninguna de las cosas que me hacían falta que no pudiese hacer, sobre todo si hubiese tenido herramientas [razón instrumental] (1981:III:68).

Por otra parte, mi tiempo y mi trabajo eran tan poco preciosos, que nada importaba que los emplease de uno u otro modo [el ocio-trabajo, improductividad-productividad, "el trabajo como valor de uso es despreciado por Robinson, ya que no tiene valor, valor de cambio, no es una mercancía"] (1981:III:69) [...] el buen orden que reinaba me hacía encontrar al momento lo que iba a buscar; y este orden, unido a la abundancia de objetos útiles y cómodos, me causaba la más viva alegría [razón instrumental] (1981:III:69).

Entonces fue cuando empecé a escribir un diario, en el cual consigné el empleo exacto de todas mis horas [compulsión neurótica-monólogo o reflexión].

Imaginé que veía una vela lejana hacia el horizonte; pero luego de haberme abandonado esta ilusión y haber mirado fijamente hasta ponerme casi ciego, me senté en el suelo desengañado de repente, y me puse a llorar como niño, aumentado así mi desgracia por una locura [euforia-depresión] (1981:III:70).

Análisis de la sexta sesión

Podemos observar a partir de la relatoría del diario de Robinson y sus comentarios en el trabajo terapéutico, una serie de cuestiones de sumo interés para entender lo que he denominado “carácter colonialista” derivado en buena medida de las condiciones de desarrollo psicoafectivo en el marco de una cultura civilizatoria que destaca fundamentalmente la apropiación privada de los bienes derivados de la producción, en este caso esclavista, de las plantaciones. En este punto destacan varios aspectos que se condicionan mutuamente y que determinan el carácter, como son: la compulsión, la racionalidad de cálculo, la contención y la compulsión neurótica al trabajo. Todo ello en buena medida asociada a la disciplina a que ha sido sometido y a la introyección que ha hecho de estos valores, que le han autonomizado y que se han anclado en su estructura “musculo esquelética”, limitando el movimiento de la libido y su libre flujo. Esta condición de Robinson, si bien por un lado tranquiliza su conciencia por el otro, rigidiza su acción, favoreciendo más la actividad intelectual en detrimento de la vida afectiva relacional. Como hemos podido observar, la conformación de los estratos de la coraza se han sedimentado, lo que da cuenta de la neurosis estática de nuestro paciente, que se traduce en un malestar que solamente se atenúa en una tendencia al trabajo compulsivo. Sus temores a peligros inminentes como fieras o salvajes que atentan contra su integridad física.

Sensaciones de omnipotencia

Séptima sesión

30 de septiembre de 1659 [a los 27 años de edad existe una diferencia en la contabilidad con relación a la página 122] Yo, pobre Robinson

Crusoe, después de haber naufragado durante una horrible tempestad, soy arrojado a las costas de esta desolada isla, a la cual doy el nombre de la Isla de La Desesperación [nominación de los objetos y dominio] (1981:III:70).

De un momento a otro aguardaba ser presa de las fieras, víctima de los salvajes o morir de hambre [temor paranoide] en una palabra, no tenía delante de mí más que la imagen de la muerte (1981:III:71).

4 de noviembre [1659] Este día empecé a regularizar mis horas de trabajo, de salidas, de reposo y de recreo [evitar el derrumbe, la dispersión, la pérdida de límites] [...] yo no era más que un simple obrero, aunque después del tiempo y la necesidad me hayan vuelto un excelente maestro, como le hubiera sucedido a todo el que se hubiese encontrado en mi lugar [vive esta condición como degradación] (1981:V:73).

Desde el 7 al 12 de noviembre [...] Poco tiempo después descuidé la observancia de los domingos, porque, habiendo omitido hacer la raya que los señalaba, olvidé el orden de los días [secularización, ruptura religiosa] (1981:V:74).

[Nota: durante los días 10 a 27, Robinson nos da una relación, que parece ser un intento de reproducir el origen del hombre como género. Concepción evolucionista hasta llegar a la "civilización"] (1981:V:76).

[...] Esto hizo nacer en mí la primera idea de criar animales y domesticarlos, a fin de tener con qué alimentarme cuando hubiera consumido las municiones (1981:V:77).

3 de enero (1660) [de 27 años de edad, entrados a 28] Empecé mis trincheras, o más bien mis murallas; pues por miedo a ser atacado, resolví construirlas muy espesas y sólidas [...] Habiendo descrito ya esta fortificación, no repetiré lo que tengo dicho con respecto a ella en mi diario; sólo diré que necesité desde el 3 de enero hasta el 14 de abril para perfeccionar aquella obra, que tenía unas veinticuatro varas de extensión. El recinto formaba un semicírculo desde un lado de roca a otro, con cerca de ocho varas de radio. La puerta de la gruta estaba en el centro dentro de la trinchera [coraza caracterológica] (1981:V:77).

Una vez concluida la muralla y su interior revestido de césped que la ocultaba, me persuadí de que si desembarcase en la isla alguna gente, no descubrirían que hubiese en aquel paraje ninguna habitación. Esta precaución fue un pensamiento excelente, como se verá bien pronto [aislamiento neurótico] (1981:V:77-78).

Otra cosa muy esencial me faltaba; la luz, porque me veía precisado a acostarme irremisiblemente al anochecer [temor de encender una fogata o deambular en la obscuridad; terrores infantiles] (1981:V:78).

[Continúa con el 3 de enero de 1660] [...] percibí diez o doce espigas de cebada que no le aventajaba en nada la de mejor calidad de Europa y aun de la misma Inglaterra [...] para proveerme de pan. Además

de la cebada había veinte o treinta espigas de arroz [se muestra autosuficiente] (1981:V:79).

[...] sería mejor una escalera de mano que no una puerta, a fin de que no se percibiese ninguna señal exterior de mi habitación [temor latente de ser atacado sorpresivamente, angustia paranoide] (1981:V:79).

Se presenta un terremoto, se desploma parte de la bóveda de la caverna [...] creí que toda la cueva se había hundido [...] Tal fue el espanto que me causó aquel terrible suceso que quedé como anonadado y casi moribundo [...] Ante visión semejante, perdí de nuevo el sentido [...] temor a ser enterrado vivo [...] ¡Señor, ten piedad de mí; pero esta súplica cesó luego que acabó el peligro [la cueva como símbolo del vientre materno, protege, pero asfixia también; aparece la ansiedad culpígena] (1981:V:80).

Aparece un terrible huracán [...] Seguía aún tembloroso y afligido, cuando mi imaginación fue herida por una idea repentina: el viento y la lluvia, me dije, indican que ya no volverá por ahora el temblor de la tierra, pudiendo ya atreverme a ir a mi habitación [el retorno al vientre materno, a la protección] (1981:V:81).

[...] debía pensar en construir una cabaña en un lugar descubierto, y rodearle enseguida con una muralla parecida a la que tenía entonces, para defenderme de las fieras o de los salvajes [la coraza] (1981:V:81).

El temor de ser enterrado vivo me impedía dormir tranquilo [temor a su condición regresiva y al aislamiento, ¿angustia de castración?] (1981:V:81).

22 de abril [habla de unas hachas y señala] [...] habíamos embarcado gran provisión de ellas para comerciar con los indios [...] 30 de abril: habiendo visto que mi galleta disminuía considerablemente, examiné el estado de dicha provisión, y me limité a comer una galleta por día, lo que verdaderamente era muy duro para mí [ascesis acumulativa] (1981:V:82). [Dice algo desconcertante] [...] Sin embargo, como la experiencia me había enseñado a no desesperar de nada, resolví (1981:V:83) [...] sin embargo, cogía tanto pescado o más del que podía consumir, lo ponía al sol y así, seco, lo comía [otro elemento acumulativo] (1981:V:84).

17 de junio (1660): emplee todo el día en cocer la tortuga. Dentro de ella encontré sesenta huevos; su carne me pareció en aquel momento la más sabrosa y delicada que había comido en mi vida, porque desde mi llegada a aquel horrible país [sorprende su megalomanía, él y la isla hacen una país] me había visto reducido a la carne de cabra o llama o de aves silvestres (1981:V:85).

20 de junio [aproximadamente 28 años] No pude dormir en toda la noche, y tuve grandes dolores de cabeza, acompañados de un poco de calentura (1981:VI:86).

21 de junio: me sentí mal, y me aterroricé en extremo al verme en este estado sin tener ningún recurso ni socorro. Me dirigí a Dios por primera vez desde el temporal de Hull [olvida que recientemente clamó a Dios y lo ha hecho reiteradamente] sin saber lo que hacía ni por qué: tan confusos eran mis pensamientos (1981:VI:86).

22 de junio 1660: caí de nuevo enfermo, siendo acometido de calofríos, estremecimientos y un violento dolor de cabeza [...] 25 de junio [...] experimenté una fuerte calentura [...] 26 de junio: aunque muy débil, maté una llama, que arrastré con mucha dificultad hasta mi habitación [...] 27 de junio. La calentura se hizo tan violenta [...] De nuevo me dirigí a Dios; mas como estaba delirando, y cuando no lo estaba era tan ignorante; que no sabía qué decir; no podía más que exclamar: ¡Señor, volved la vista hacia mí! (1981:VI:87).

Entonces tuve un sueño terrible: *me parecía estar sentado en el suelo cerca de mi empalizada, en el mismo lugar donde me encontraba cuando el huracán que siguió el temblor de tierra. Un hombre bajaba hacia mí, colocado en el centro de una espesa nube en medio de un torbellino de fuego. Esparcía a su alrededor un brillo deslumbrador, que apenas podía mirarle. Su continente imprimía en el ánimo un inexplicable terror. Cuando sus pies tocaron la tierra me pareció que se estremecía como durante el terremoto; el aire parecía surcado de rayos [...] Apenas descendió a tierra, se dirigió hacia mí con el semblante amenazador y armado de una larga pica y, parándose sobre una eminencia situada a algunos pasos de distancia, con voz sonora me dijo estas palabras, que me causaron un espanto indecible: "Ya que todos tus trabajos no han podido hacerte arrepentir, vas a morir". Después de dicho esto creí que levantaba su lanza para herirme* (1981:VI:87).

Comentarios a la séptima sesión

Como podemos derivar del texto y los comentarios que al respecto ha expresado Robinson, su aislamiento se ha convertido en una estrategia para evitar compartir los bienes materiales, la hiperconcentración se ha convertido en su obsesión; en consecuencia, sus temores paranoides nacen del temor a ser despojado de ellos. Para tal efecto fortalece su coraza, lo que se refleja en la construcción de una "muralla" que consolida sus estasis y profundiza su asilamiento, causándole terrible ansiedad y miedos inexplicables. Teme a los animales, a los salvajes, sin que haya visto uno solo, teme a las tormentas y terremotos. Ahora pretende esconderse debajo de la tierra, para que nadie lo descubra. Sus fiebres son en buena medida el resultado de la contención de la pulsión erótica, ya que no cuenta con mecanismos

de descarga erótica. La contención se vuelve contra él. Su sueño es muy ilustrativo del deseo-temor de ser violentado por algún humano. Lo que más le preocupa, desde luego es la amenaza sobre sus bienes. Robinson reproduce su mundo en su diario, en un medio agreste y salvaje. Le recuerda el mundo de sus plantaciones y los esclavos que posee y que le están produciendo en términos financieros. Cada día su fortuna aumenta, a costa de una pobre economía sexual. La rigidización caracterológica de Robinson es, en consecuencia, fuente de todos sus males; sin embargo, paradójicamente, no está dispuesto –al menos por ahora–, a abrirse a la vida social y terminar con su autoreclusión.

La religiosidad de Robinson

Octava sesión

Carecía, ¡ay de mí!, de instrucción religiosa; las excelentes lecciones que me había dado mi padre las había olvidado después de ocho años consecutivos de una vida desarreglada de amistades íntimas con personas incrédulas y depravadas como yo. No recuerdo haber tenido durante todo aquel tiempo un solo pensamiento que me elevase hacia Dios [sentimiento de culpabilidad, ¿relativo al sueño?] (1981:VI:88).

[...] esto no fue más que un fervor pasajero [...] No pensé inquirir los motivos por los cuales la Providencia me había sido tan favorable; me parecía en esto a los marineros, que después de haber escapado de un naufragio ahogan el recuerdo en un vaso de ponche. Así había pasado mi vida (1981:VI:88).

Pero ahora, al caer enfermo, cuando la muerte se me presenta con su aspecto aterrador; cuando mis fuerzas empiezan a sucumbir con la violencia de la fiebre, mi conciencia, adormecida tan largo tiempo, se despierta y me echo en cara los desórdenes de mi pasada vida, que han traído sobre mí de un modo tan evidente la justicia divina y me han entregado a su justa venganza [culpa ligada al sentimiento religioso] (1981:VI:88).

¡Señor, sacadme de la aflicción en que estoy sumido! Esta fue la primera oración, si así puede llamarse, que hice después de muchos años [...] A la noche para cenar, asé en las cenizas tres huevos de tortuga, que comí con apetito regular. Esa fue la primera comida de mi vida, si mal no recuerdo, en la cual había pedido la bendición del cielo [...] Después de haber comido traté de dar un paseo; pero estaba tan débil, que apenas

podía sostener la escopeta, sin la cual nunca salía [desconfianza básica, de tipo paranoide] [...] Al mismo tiempo se presentaron a mí algunas reflexiones. Juzgué que Dios había permitido todo lo que había sucedido y que si había llegado a esa deplorable situación era por orden suya, pues no sólo era dueño de mi suerte, sino también de todo lo creado. A esto siguieron las reflexiones siguientes: ¿por qué Dios ha obrado así conmigo?, ¿qué he hecho para merecer este castigo? (1981:VI:89).

Entonces empezó a preocuparme el temor de que volviese la calentura, y recordé que los brasileños no empleaban en sus enfermedades otro remedio que el tabaco. Justamente tenía en el cofre un rollo preparado y una partida que estaba aún verde (1981:VI:90).

Dirigirme al cofre, conducido sin duda por el cielo, porque encerraba dos remedios: uno para el alma y otro para el cuerpo. Lo abrí y encontré el tabaco; ahí también estaban los pocos libros que había salvado; tomé una de las Biblias de que ya he hablado, y que no había abierto hasta entonces por falta de tiempo [o por indolencia]. Tomé pues la Biblia y el tabaco y puse ambas cosas sobre la mesa [la culpa hace emerger el sentimiento religioso] (1981:VI:90).

[...] pero el tabaco había trastornado mi cabeza de tal modo, que no pude seguir leyendo. Habiendo abierto el libro al azar, leí las palabras siguientes: “Invócame en los días de la aflicción, y yo te libraré y tú me ensalzarás” [...] Era ya tarde, y el tabaco me había abrumado de tal manera, que me quedé dormido [...] Antes de dormirme hice lo que no había hecho nunca: me arrodillé y rogué a Dios que cumpliera su promesa “de ayuda cuando le invocase en las aflicciones”. Después de esta súplica imperfecta, bebí el ron, en el cual había echado el tabaco en infusión [un arranque de religiosidad que demuestra su ansiedad y angustia profundos, frente a su soledad] (1981:VI:90-91).

[...] en una palabra, al día siguiente no tuve ya ningún acceso, y me encontraba mejorado en extremo [...] con algunos huevos de tortuga, que eran muy gratos al paladar [excitantes] (1981:VI:91).

[...] el 4 de julio (1660): por la mañana cogí la Biblia, y empecé a leer el Nuevo Testamento [...] Las palabras “invócame y te libraré” me parecía entonces que encerraban un sentido que yo no había hasta aquel instante percibido [...] Pero luego vi las cosas bajo otro aspecto distinto: recordé con una especie de horror, mi vida pasada, y mis faltas me parecieron tan graves, que yo no pedía a Dios sino que perdonase mis pecados, cuyo peso me oprimía terriblemente [...] En adelante, por medio de una lectura constante de las Sagradas Escrituras y por el uso frecuente de la súplica a Dios, mis pensamientos se dirigieron a cosas de la más alta naturaleza, y experimenté consuelos interiores, hasta entonces desconocidos [la culpabilidad asociada a su pasado mediato] (1981:VI:92).

El remedio que había usado quizá no haya curado nunca la calentura, por cuyo motivo no puedo recomendarlo; pues si por un lado cortó mi mal, por otro contribuyó a debilitarme extremadamente, y estuve sujeto, por algún tiempo, a irritaciones de nervios y convulsiones [...] Cerca de diez meses hacía que habitaba esta isla infortunada; se había apartado enteramente de mi imaginación la esperanza de salir de ella; creía firmemente que jamás criatura humana había pisado aquellos sitios [sin embargo había sentido terror de los caníbales] (1981:VI:92-93).

El 15 de julio (1660) empecé el reconocimiento, y me dirigí a la pequeña bahía, de la cual he hablado ya, y a donde abordé con mis balsas [...] Crecían altos los tallos de tabaco [...] Entre ellas busqué la raíz de casabe, con la cual los indios hacen una especie de pan, pero me fue imposible encontrarla. Vi hermosas plantas de áloe, cuyo uso no conocía entonces, y muchas cañas de azúcar silvestre (1981:VI:93).

En esta parte encontré diferentes frutas, y particularmente matas de melones en gran abundancia y racimos de uva en los árboles. Las vides, en efecto, habían trepado por los árboles y los racimos de uvas estaban muy maduros y ricos [una tierra prometida, para la mente colonialista] (1981:VI:93).

Toda aquella comarca parecía tan fresca, tan verde y tan florida, que se la hubiera podido tomar por un jardín cultivado en tiempo de primavera [...] tristes pensamientos, al reflexionar que todo esto era mío, que yo era rey y señor de este país, con derechos incontestables y con facultad de transmitirlos, como lo haría un lord inglés, a mis herederos, si me hallase en Inglaterra [narcisismo y sentido de la propiedad] (1981:VI:94).

A la vuelta de aquel pequeño viaje me llenó de admiración la fecundidad del valle, su hermosa situación y el abrigo de las tempestades, cerca del río y del bosque; y concluí, finalmente, diciendo que el lugar donde había fijado mi habitación era, sin contradicción, el peor de toda la isla. Desde luego pensé mudarme y escoger, si era posible, en aquel terreno fértil y maravilloso, un lugar tan seguro como en el que vivía ahora (1981:VI:95).

[...] formé una especie de jardín, que rodeé con una doble fila de estacas tan alta como pude hacerla y toda llena de maleza [la coraza se presenta de manera menos burda, más sutil y delicada] [...] Concluido mi jardín al principio de agosto, entré al momento en posesión de sus goces [formas de apropiación] (1981:VI:96).

Hacia últimos de agosto había matado a una especie de gato montés que se diferenciaba mucho de nuestros gatos de Europa, y los pequeños de mi gata eran verdaderos gatos domésticos. ¿Cómo explicar aquel fenómeno? Yo no tenía más que dos gatas. Fuese lo que fuese la reproducción de aquellos animales me llenó de espanto por lo que fue necesario echarlos de mi habitación y exterminarlos como bestias dañinas [terror paranoide y censura erótica] (1981:VI:96).

Ordené mi comida de la manera siguiente: almorzaba un gran racimo de uvas; a la hora de comer, un pedazo de llama o de tortuga asado; pues por desgracia, carecía de vasija para guisarlos; y para cenar, dos o tres huevos de tortuga (1981:VI:97).

[...] si hubiese dejado las cosas en su primitivo estado, mi sistema de circunvalación hubiera sido perfecto; de modo que ya no me consideraba entonces seguro. Era, a la verdad, un vano temor, porque el animal mayor que había visto en todo el tiempo que permanecí en la isla era la llama [reconoce de sus exageraciones, asociadas a problemas subjetivos] (1981:VI:97).

Observé el aniversario como un día de ayuno solemne, consagrándolo todo entero a prácticas religiosas. Hasta entonces jamás había observado ningún domingo, porque como al principio había carecido de sentimientos religiosos, había omitido al cabo de algún tiempo señalar las semanas haciendo el domingo con una raya más larga que los días de trabajo; de modo que no podía distinguir, los unos de los otros [racionalidad-ética y religiosidad] (1981:VI:97).

Reflexiones en torno a la octava sesión

No cabe la menor duda que la religión se ha convertido para Robinson en el mejor mecanismo para expiar la culpa y en buena medida justificar sus inconsecuencias frente al abuso, por lo que hace a sus negocios en tierras lejanas. La Biblia se convierte en un consuelo, para calmar sus deseos “pecaminosos”, sublimando sus deseos eróticos; pero a la vez le dan luz para explicar su relación con Dios, que lo considera próspero y por lo tanto libre de culpa. La ética protestante, espíritu del capitalismo como señala Weber, se evidencia en su comportamiento, permitiendo paliar la culpa que conlleva la conciencia de explotación, no sólo de otros seres humanos, sino en general de la naturaleza, como propiedad privada, sujeta al capricho de Robinson. Nuestro paciente emplea la imaginación para sublimar, expresar a través de la religión una ideología que da cuenta de la importancia que tiene la cultura civilizatoria depredadora a la que pertenece, sin que la perciba como tal. Por el contrario, todo lo que hace es para el servicio del Creador, mientras él, Robinson, como su representante en la Tierra, administra sus bienes en beneficio propio. Bien vale la pena la ascesis, el autocontrol de los deseos y las pulsiones, en función de la apropiación privada de los bienes de la Naturaleza otorgada a él como elegido. Ahora bien, todas

estas racionalizaciones, no hacen más que endurecer la coraza caracterológica y, en consecuencia, hacer más aguda su patología, la estasis libidinal, con el consecuente malestar expresado mediante comentarios sobre su diario.

Estabilización emocional

Novena sesión

Comencé a observar el movimiento regular de cada estación lluviosa o seca, y aprendí a preverlas y a tomar las precauciones necesarias; pero este estudio me costó caro [reproduce los procesos que supuestamente dieron origen a la cultura] (1981:VII:98).

[...] no aventuré, pues, más que las dos terceras partes de mi grano, reservando poco más de un puñado de cada especie [...] Fue una sabia precaución [...] Pero cuando vino la estación lluviosa, vi crecer aquellos granos como si acabase de sembrarlos (1981:VII:98-99).

[...] antes del equinoccio de primavera. Esta siembra, humedecida con las aguas de marzo y abril, salió perfectamente, y se dio muy buena cosecha [...] y había descubierto que podía hacer en el año dos siembras y dos recolecciones [...] hice una visita a mi casa de verano (1981:VII:99).

Vi entonces que se podían dividir las estaciones del año, no en invierno y verano, como en Europa, sino en estaciones húmedas y secas [...] Desde mediados de febrero a mediados de abril. Lluvia, estando el Sol en el equinoccio o muy próximo [...] Desde mediados de abril hasta mediados de agosto: tiempo seco, estando el sol hacia el norte de la línea (1981:VII:100).

[...] en donde me ocupé durante la estación que siguió en hacer una infinidad de cestas, ya para trasladar tierra de un lado a otro, ya para conservar diversos objetos [...] No poseía ninguna vasija [...] La segunda cosa que yo deseaba era una pipa para fumar; al principio me pareció imposible hacer una, pero al fin encontré un procedimiento para hacerla (1981:VII:101).

Ignoraba qué comarca era aquella, pero estaba seguro que formaba parte de América, y después de mis observaciones, que pertenecía a las posesiones españolas; pero era probable que estuviese habitada por salvajes [...] que si la tierra que divisaba pertenecía a la costa que se extiende entre aquellas colonias y el Brasil, costa habitada por tribus de salvajes, los más feroces, caníbales o comedores de hombres, que matan y devoran a todos los que caen en su poder [aparecen de nuevo

las tendencias paranoides] [...] vi numerosos papagayos [...] Pude, no sin trabajo, atrapar uno joven, aturdiéndole de un palo (1981:VII:102).

Este viaje fue muy entretenido. Encontré, hacia la tierra baja, animales que tomé unos por liebres y otros por zorras; pero eran diferentes de todos los que hasta entonces había visto. Maté muchos, sin atreverme a probarlos [sadismo y tendencias destructivas severas] [...] Por lo demás, hubiera sido culpable de exponerme a comer alimentos dudosos, sobre todo teniéndolos muy buenos como las llamas, las tortugas y las palomas (1981:VII:102-103).

Había también pájaros de distintas especies, algunos de los cuales había ya visto antes, y otros no, siendo la mayor parte exquisitos para comer; pero no conocí más nombre de ellos que el de los pingüinos [...] Hubiera podido matar cuantos hubiese querido, si no tratara de economizar mis municiones [sadismo extremo, su agresividad hacia los otros y la naturaleza, seguramente son fuente importante de sus tendencias paranoides, persecutorias] (1981:VII:103).

Muchas veces había pensado en el medio de apoderarme de un par de aquellos jóvenes animales, que fuesen macho y hembra, para criarlos y formar un rebaño que me sirviese de alimento cuando la pólvora se hubiese concluido [racionalidad de cálculo] (1981:VII: 104).

[...] durante este tiempo me ocupé en la importante tarea de construir una jaula para el papagayo, que empezaba a domesticarse y a familiarizarse conmigo [dominio y control sobre la naturaleza. El mandato bíblico] (1981:VII:104-105) [...] Continué dándole yo mismo de comer, y se hizo tan hermosa, cariñosa y mansa, que jamás quiso abandonarme, y llegó a ser uno de los principales miembros de mi familia (1981:VII:105).

Comentarios a la novena sesión

Han pasado los momentos de crisis y las reflexiones de Robinson nos llevan a otro análisis y es la introyección de los valores propios de su cultura civilizatoria que hacen derivar todos sus conocimientos de la habilidad para observar y, por inducción, obtener datos que a partir de la deducción racional le permiten obtener resultados sorprendentes que en otras circunstancias a los seres humanos nos ha llevado siglos de experimentación, mediante el ensayo-error; y que aun a los científicos les pueden llevar algunos años de observación y experimentación. Robinson aparece en su diario como un superhombre, capaz de realizar proezas de manera individual. Pareciera que su asilamiento le hiciera fantasear lo que generaciones

y grupos de científicos han realizado de manera racional. Vive en una caverna, en un espacio restringido a las sensaciones y los vínculos afectivos, donde solamente el amor materno, la protección paterna, sus libros y su diario le permiten una existencia vivible, aunque con periódicas manifestaciones de insatisfacción profunda, acompañadas de melancolía, como las que nos ha descrito y que han sido causa de la consulta psicológica. Fumar tabaco y contar con alguna especie, como el papagayo, le hacen sentirse en un mundo exótico, cercano al mundo de donde se derivan buena parte de las riquezas que sigue incrementado por sus inversiones en plantaciones en América, muy lejanas a su querida, pero a la vez odiada York, que es la verdadera isla de su cautiverio. La lectura de narraciones realizadas por aventureros en tierras ignotas, le hacen fantasear el encontrarse desvalido y a la merced de salvajes caníbales capaces de devorarlo y, lo peor, desposeerlo de sus bienes que ha logrado acumular. La coraza lo ha insensibilizado, protegiendo su estasis libidinal, que limita sus formas de expresión corporal, expresándose en formas acartonadas por modales delicados que demuestran su educación de clase acomodada y noble.

Maduración y consolidación caracterológica

Décima sesión

[...] observé el aniversario del 30 de septiembre, día de mi arribo a la isla [...] dos años habían transcurrido desde la época del naufragio, y no tenía la más remota esperanza de salir de aquel cautiverio. Emplé el día en dar humildemente las gracias al cielo por los beneficios infinitos que había dispensado a mi existencia solitaria, sin los cuales hubiera sido muy desgraciado [proceso de maduración y consolidación caracterológica] (1981:VII:105).

[...] mis placeres eran muy distintos de los que había experimentado antes de mi llegada a la isla y aun durante los dos años transcurridos en ella [...] que se sepa que rara vez estaba ocioso. Había dividido con regularidad el tiempo entre todas mis ocupaciones; mis deberes para con Dios y la lectura de las Santas Escrituras, en las que ocupaba tres horas todos los días, llenaban la primera parte; la segunda la invertía en ejercicios de caza [...] en ponerlo todo en orden [ética protestante y racionalidad] (1981:VII:105).

Júzguese cuán penosa tarea sería todo esto para mí; pero con el trabajo y la paciencia conseguí hacer esto y muchas cosas (1981:VII:106).

Mas si las bestias habían tratado de destruir mi cosecha cuando sólo era hierba, los pájaros estaban dispuestos a acercarse ahora cuando estaba espigando (1981:VII:107).

Es imposible imaginar el efecto que produjo aquella medida: no sólo no volvieron a mi campo los pájaros, sino que, a más, abandonaron aquellas partes de la isla, y nunca vi ninguno en los alrededores en todo el tiempo que estuvieron los muertos como espantapájaros [como en Inglaterra se hace con los salteadores] (1981:VII:108).

[...] trabajaba para ganar mi pan [...] Los preparativos, el trabajo y la multitud de objetos necesarios para llegar a producir lo que vulgarmente se llama un pedazo de pan, son admirables [...] Hasta que el grano se convirtió en hierba, luego en espigas, y finalmente sazonó. ¡Cuántos cuidados no fueron necesarios para cercarlo, preservarlo, segarlo, secarlo, transportarlo, trillararlo, echarlo y guardarlo! [...] sin embargo, se verá cómo llegué a conseguir todo esto [se refiere al complejo trabajo de producción] (1981:VII:109).

[...] el papagayo aprendió su nombre, Poll, y a pronunciarlo claramente. Esto fue la primera palabra que oí articular en la isla por boca distinta de la mía [el monólogo, el eco interior; la complacencia] (1981:VII:110).

[...] emprendí la construcción de muchas vasijas tan grandes y tan fuertes como fuese posible, a fin de que pudiesen servirme de cubas, para meter en ellas varias cosas que quería conservar [...] Aunque había tenido tan mal éxito en la confección de las vasijas grandes, hice con mayor acierto gran número de pequeñas, como pucheros, platos, cántaros y barreños y todas las cosas que podía construir [...] Esto me causó gran satisfacción y reflexioné que las vasijas podrían cocerse enteras, ya que los pedazos separados habían salido tan bien cocidos [la potenciación del individuo, capaz de múltiples acciones] (1981:VII:111). Jamás alegría humana igualó a la que experimenté viendo que había llegado a fabricar una olla de barro que podía poner al fuego (1981:VII:112).

Habiendo en seguida hecho con la madera llamada palo de hierro la mano del mortero, guardé aquellos útiles, así preparados, esperando mi segunda cosecha, después de la cual me proponía moler el grano para hacer pan (1981:VII:113).

Sin embargo, a fuerza de reflexionar encontré un medio; recordé que entre los fardos del equipaje que había sacado del buque se hallaban algunos pañuelos de indiana o muselina, y con algunos trozos de ellos hice tres pequeños cedazos, bastante adecuados al uso que yo los destinaba (para elaborar un cedazo para separar la harina del salvado) (1981:VII:113).

[...] De esta manera llegué a cocer mis panes tan bien como se pudiera hacer en los mejores hornos del mundo; llegué a ser un excelente pastelero, pues hice ricas tortas de arroz; sin embargo, no llegué a hacer pasteles, porque no hubiera podido rellenarlos más que con carne de ave o de llamas [...] Entretanto, mi provisión de granos había aumentado mucho, y tuve necesidad de agrandar mis graneros [el mil usos] (1981:VII:114).

Mientras razonaba de aquel modo, perdía de vista los peligros de una empresa tan ardua, particularmente si era descubierto por los salvajes, que debería considerar, con razón, peores que los tigres y los leones de África, puesto que si caía entre sus manos sería ciertamente asesinado y devorado [en cuanto termina su actividad, que le ha mantenido ocupado, aparece el cuadro paranoide; aunque él, Robinson, pretende fundar su temor en la posible presencia de caribes, de que pudieran ser antropófagos y que intentaran comérselo, como a otros europeos les había sucedido] (1981:VII:115).

Reflexiones en torno a la décima sesión

Nuestro joven paciente trae a la conciencia en su diario la reminiscencia del pasado en su etapa preadolescente, donde la sensibilidad no había sido oprimida por la corza caracterológica, antes del naufragio, dice él. Sin embargo, da gracias a Dios, porque le permitió vivir, a pesar de todos los males que implica el aislamiento. Entre tanto, reiteradamente intenta demostrarse así mismo, en sus reflexiones, que él solo es capaz de triunfar frente a la adversidad, el mundo material y social que le amenaza constantemente. Durante las sesiones de diagnóstico, frente al cuestionamiento sobre su dependencia parental y su aislamiento social, Robinson prefiere destacar la agudeza de sus reflexiones en el diario, al que concibe como una novela que cada vez se distancia más de su realidad intrasubjetiva, para convertirse en una ficción, producto de su talento y de su capacidad para entender el mundo; derivado de su acervo bibliográfico. Mediante la entrevista psicológica profunda y la revisión autobiográfica podemos descubrir un Robinson neurotizado por las condiciones de desarrollo familiar, desde la más tierna infancia. En buena medida, víctima de los temores de los padres por su destino, que pudiera ensombrecer el afán protector de la madre, frente al fatal destino de los otros hijos que le precedieron.

La medida, podemos decir que caracteriza a Robinson, educado a la británica, con dureza y racionalidad de cálculo. Esto le lleva a despreciar profundamente la posibilidad de ser tragado por los salvajes, todos aquellos que no cuentan con su formación refinada, educada, a la alta escuela. Aunque a su vez en las crisis profundas, depresivas, le lleven a un estado melancólico que le lleva a pedir atención profesional psicológica.

DIAGNÓSTICO Y PRONÓSTICO GENERAL

Hemos podido observar a través de los dos relatos; esto es, el de Robinson y el mío (de analista), cómo se ha ido constituyendo, en nuestro paciente, la coraza caracterológica, teniendo en cuenta su historia personal narrada en su diario íntimo, que adopta una forma novelada. El entorno familiar y social define el carácter a partir del proceso educativo desde la más tierna infancia, limitando la libre expresión pulsional, que deriva inevitablemente en expresiones fantasiosas, facilitando alguna descarga, lo que impide una ruptura definitiva con la realidad. Sin embargo, no siendo suficiente y para evitar la amenaza de incontinencia, aparecen los primeros esbozos de lo que será una coraza impermeable a los asaltos del exterior y las amenazas del interior. En el relato de Robinson, la gestación o psicogénesis de la coraza toma un proceso inverso. Primero el último estrato, que es visible a los ojos del analista, el aislamiento, la isla, derivada del naufragio, y después los elementos que se añaden como posteriores, como la empalizada, la muralla o trinchera y finalmente la caverna, donde él se ubica. Para el ojo clínico, el despliegue de la estructura rígida inicia en las profundidades del sujeto para manifestarse, tardíamente, en formas manifiestas que se ocultan por el trato refinado y cortés o intelectualizado. La riqueza acumulada es un atesoramiento de la pulsión, lo que deriva en acciones materiales de concentración de la riqueza, pero por otro lado, se traduce todo ello en un malestar derivado de la estasis libidinal, expresada en melancolía y acartonamiento de la motilidad corporal, lo que llevó a nuestro paciente a solicitar apoyo profesional. Su estructura axiomática se sedimentó a partir de la disciplina impuesta por el padre y la escuela, donde adquiere sus primeros castigos físicos y más tarde morales. La madre, si bien es una mujer

sensible, finalmente propicia la culpa, por los sentimientos de miedo y angustia que transmite a su pequeño hijo por su incierto futuro. Todo ello permitió la formación de un carácter neurótico o neurosis estática, que se documenta en su diario y que conocemos como *Aventuras de Robinson Crusoe*.

El pronóstico es delicado, aunque alentador en la medida en que nuestro paciente, Robinson, ha acudido en busca de apoyo profesional, lo que da cuenta no sólo de su malestar sino de que posee los elementos para poder salir adelante y mejorar su condición actual al propiciar el desmantelamiento de la coraza para permitir el libre flujo libidinal. Con lo que se podría lograr un mejor desarrollo de sus facultades psíquicas. Esto puede llevar a tener un mejor desempeño sexual, relacional e intelectual, que se había venido afectando por el aislamiento y la pérdida de motilidad. Por otra parte, es probable que estas consecuencias pudieran beneficiar a terceros que se han visto afectados por el comportamiento patológico de nuestro paciente, aunque sea a mediano o largo plazos.

CONCLUSIONES

Como hemos podido constatar por el desarrollo de este ensayo, el análisis del carácter nos puede permitir trabajar con personajes de la literatura o de los cómics, como veremos en otro momento (*Tarzan* y *Superman*) para describir una caracterología que nos remite a un ámbito civilizatorio, el “carácter colonizador”, con rasgos de dominio y depredación, asociado a un sentimiento de superioridad racial, que se traduce además en patologías psíquicas, como las “neurosis estáticas” a las que hemos hecho referencia en este ensayo. Las cuales nos sólo aquejan al protagonista, sino sobre todo tiene consecuencias nefastas para amplios sectores de la sociedad y de otros ámbitos sociales, aparentemente ajenos o lejanos del espacio vital de nuestro sujeto. El espacio de la crítica caracterológica aplicado a las industrias culturales, nos permite reconstruir una forma de carácter colonizador que se ha venido constituyendo, de generación en generación, en diversos espacios de la cultura civilizatoria anglosajona y que ha sido terriblemente depredadora no solamente de los sujetos de otras culturas, afectados, sino que ha pretendido imponer una forma cultural única, destruyendo la diversidad cultural propia de

nuestro sistema mundo, que es multicultural, con el consecuente daño para el futuro de la humanidad.

Afortunadamente existen mecanismos de resistencia que han hecho frente a este espíritu civilizatorio monodimensional depredador, que ha tenido sus consecuencias en todas las formas de vida, afectando a los depredadores mismos, lo que se ha traducido en un problema de sustentabilidad y de supervivencia. Ello está obligando a tomar medidas menos agresivas o lesivas para la naturaleza y adoptar formas culturales más amables para relacionarnos con el entorno natural.

Este ensayo constituye la primera parte de la trilogía, que deberá complementarse con el análisis del carácter de los otros dos personajes del cómic: *Tarzan* y *Superman*, en una entrega posterior, lo que dará cuenta de la continuidad en el despliegue de la personalidad colonizadora anglosajona.

BIBLIOGRAFÍA

- Althusser, Louis (1976), *La filosofía como arma de la revolución*, Cuadernos del Pasado y Presente, México.
- Braunstein, N.A. et al. (2000), *Psicología, ideología y ciencia*, Siglo XXI Editores, México.
- Castilla de Pino, Carlos (2002), *Psicoanálisis y marxismo*, Alianza, Madrid.
- Defoe, Daniel (1981), *Aventuras de Robinson Crusoe*, Espasa-Calpe, Madrid.
- Engels, Federico (1996), "El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado", en Carlos Marx y Federico Engels, *Obras escogidas*, tomo II, Progreso, Moscú.
- y Carlos Marx (s/f), *Obras escogidas*, tomo II, Progreso, Moscú.
- Freud, Sigmund (2000), "El porvenir de una ilusión", en *Obras completas*, vol. I, Biblioteca Nueva, Barcelona.
- (2000a), "Introducción al psicoanálisis", en *Obras completas*, vol. I, Biblioteca Nueva, Barcelona.
- (2000b), "Psicología de las masas", en *Obras completas*, vol. II, Biblioteca Nueva, Barcelona.
- (2000c), "Tótem y tabú", en *Obras completas*, vol. I, Biblioteca Nueva, Barcelona.
- Fromm, Erich (1998), *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*, FCE, México.
- (2002), *La crisis del psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires.

- Fromm, Erich (2004), *Anatomía de la destructividad humana*, Siglo XXI Editores, México.
- Kosik, Karel (1967), *Dialéctica de lo concreto. Estudio sobre los problemas del hombre y del mundo*, Grijalbo, México.
- Lenin, VI. (1961a), *Carlos Marx*, tomo I, "Breve esbozo bibliográfico con una exposición del marxismo", Progreso, Moscú.
- (1961b), *Tareas urgentes de nuestro movimiento*, tomo I, Progreso, Moscú.
- Lukács, George (1999), *Asalto a la razón. La trayectoria al irracionalismo desde Schelling hasta Hitler*, Grijalbo, Barcelona.
- Marcuse, Herbert (2006), *Eros y civilización*, Seix Barral, Barcelona.
- Marx, Carlos (1976), *Introducción a la crítica de la economía política (1857)*, Ediciones de Cultura Popular, México.
- (2000), *El Capital*, tomo I, vol. I, Siglo XXI Editores, México, 1976.
- (2001), *Manuscritos: económicos y filosóficos (1844)*, Alianza Editorial, Madrid.
- Reich, Wilhelm (1973), *Análisis del carácter*, Paidós, Buenos Aires.
- (1973a), *La psicología de las masas del fascismo*, Roca, México.
- (1976), *La irrupción de la moral sexual*, Diez, Buenos Aires.
- (1990), *Análisis del carácter*, Paidós, Buenos Aires.
- (1998), *¿Qué es conciencia de clase?*, Siglo XXI Editores, México.
- (2000), *Sobre la aplicación del psicoanálisis en la investigación histórica*, Siglo XXI Editores, México.
- (2003), *Materialismo dialéctico y psicoanálisis*, Siglo XXI Editores, México.
- Robert, Marthe (2004), *La revolución psicoanalítica*, FCE, México.
- Rubinstein, S.L. (2003), *El ser y la conciencia*, Grijalbo, México.
- Sinelkoff, Constantin (1990), *La obra de Wilhelm Reich*, Siglo XXI Editores, México.
- Tsetung, Mao (1974), *Cinco tesis filosóficas*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín.
- VV.AA. (1972), *Marxismo, psicoanálisis y sexpol*, vol. 1, Granica Editor, Buenos Aires.
- (1973), *Marxismo, psicoanálisis y sexpol*, vol. 2, "Estado actual de la discusión", Granica Editor, Buenos Aires.